LA ANTORCHA

Año VII — — — Núm. 263
Buenos Aires, Febrero 11 de 1928

SEMANARIO ANARQUISTA
Número suelto 0.10 Ctvs. — Subscripción trimestral $ 1.20

TODA CORRESPONDENCIA
a DONATO A. RIZZO
Venezuela 4146 - Rep. Argentina

Por la libertad de Radowitzky y la defensa de nuestro movimiento

Para la mayor efectividad de nuestra obra, la salud de la propaganda, el éxito de nuestras campañas y el levante general del movimiento anarquista es necesario de toda urgencia contener la ofensiva reaccionaria y romper el cerco que la creciente actividad policial va estrechando en torno nuestro.

Todo conspira contra nosotros, desde los órganos del poder que presionan de firme con su fuerza, hasta la pasividad de las grandes masas, el peso muerto de cuya indiferencia favorece los designios reaccionarios. Remover la indiferencia popular para agitar las aguas muertas de la pasividad colectiva, es tarea que nos está vedada si no alcanzamos antes, por nuestro solo esfuerzo, la posibilidad de llegar a ella con nuestra propaganda, sometida actualmente a todo género de prohibendos policiales.

La obra de propaganda comporta, pues, ahora como siempre, la obra de resistencia, que es previa. Tanto como sepamos resistir avanzará la propaganda, cederá el cerco policial, se abrirán en abanico ante nosotros las posibilidades y el ambiente popular será más propicio al arraigo de nuestra prédica y nuestras campañas. Pero la necesaria obra de resistencia sólo depende de nosotros, de lo que sepamos actuar, afirmar en los hechos, crear con nuestro solo esfuerzo. Acometámosla firmemente, dando fe de la capacidad de acción del movimiento anarquista, respondiendo con un redoble de actividades a la ofensiva reaccionaria que, a poco que nos empeñemos a fondo en persistente esfuerzo, acabará por replegarse sobre sus posiciones, abandonando el terreno conquistado a favor de la interrumpida actividad subversiva.

Pero resistir no basta. A lo sumo nos llevaría a recuperar posiciones perdidas, a la reconquista de la calle, con la efectividad del derecho de reunión y la posibilidad de adentrar nuestras ideas entre la masa general del pueblo contrastándolas con los partidismos políticos que desatan actualmente sobre él las aguas negras y hediondas de la puja electoral. Sobre la obra de resistencia es necesario echar adelante nuevos motivos de lucha. Tal es la doble tarea que tenemos entre manos: de resistencia, para repeler la agresión reaccionaria, y de avance, con la campaña por la libertad de Simón Radowitzky, para ampliar la influencia y la fuerza de nuestro movimiento. Una y otra están sobre la misma línea de resuelta militancia, de firme trabajo anarquista. Y ambas tienden a erguir la voluntad del pueblo tras generosos móviles de lucha, combatiendo a la reacción precisamente en aquello que la abona y la hace fuerte: la pasividad popular.

Para ello no son palabras las que hacen falta, y menos las de lamentación, sino actitudes resueltas, hechos firmes que señalen el rumbo y la acción. La sugestión más poderosa, el contagio más fuerte es siempre el del ejemplo. Demos al pueblo el ejemplo de actividad que necesita, de fe y constancia en la lucha, y el pueblo sabrá animar y llevar al triunfo con su formidable impulso cuantas campañas de agitación sepamos hacerle abrazar interesando su amor a la justicia y su sentimiento solidario. Contra la mordaza policial vibre más clara y potente nuestra voz en actos públicos en que se prescinda del permiso que se nos niega. Que el grito se extienda, en clamoreo creciente, repercutiendo sus ecos por doquiera, dentro y fuera del país, y cubriendo con sus letras las paredes. Que gane la conciencia obrera, por el trabajo constante de los compañeros en el taller, la calle y la asamblea, la decisión de la huelga general. Que todas las voluntades, enderezadas de verdad a la salvación de Radowitzky, se movilicen a la acción propia, necesaria, premiosa, la que esté en sus medios lógicos de lucha, la que cuadre a sus energías.

Los gremios autónomos, el Comité pro presos sociales, las agrupaciones y publicaciones anarquistas de la capital, se han propuesto realizar una intensa labor. Si ella obtiene de los compañeros de la ciudad y de los núcleos obreros y anarquistas del interior la cooperación decidida y entusiasta que es de esperar, la agitación cobrará grandes proporciones, trascenderá de nuestros medios y atraerá el concurso de las grandes masas.

Pero la obra inicial, la picada en la selva de prohibiciones y abusos policiales que nos cercan, debemos abrirla los anarquistas, afirmándonos en los hechos en permanente resistencia, en decisiva actitud de avance. La salud está en nosotros, o no está en ninguna parte. Está y estamos. La cuestión es no rendirse al ambiente, no ceder ni desistir frente a todo lo que conspira contra nosotros, sino en sostenerse, redoblar la resistencia, forcejear de firme en la máxima tensión de nuestras energías.

Por la defensa del movimiento anarquista y la libertad de Radowitzky todos los medios deben ser movilizados, desde la propaganda oral y escrita hasta la huelga general.

EL OLOR DE LA POLVORA

Bedel, uno de los acusados por la muerte del ingeniero Watrin, suceso de que se ocupa Luigi Galleani en el trabajo que comenzamos a publicar el número anterior, era, según expresa el presidente del tribunal, el orador de los huelguistas y, también, como él mismo afirma, el olor de la pólvora. Ante su palabra y su entero gesto, ardientes y valerosos, y más aún, ante su ejemplo accionador, los resignados mineros de Decazeville sentían hervir sus odios, subírseles a la cabeza el mosto fermentado de los rencores sordos, desvanecerse su pusilanimidad e inflamarse sus pechos de ardor combatiente. Era, para ellos, lo que para los soldados que entran al combate el olor de la pólvora. Y tanto como el odio, subía en ellos la esperanza, y amanecía la conciencia revolucionaria. Entreveían la reivindicación total de sus derechos y ensoñaban el mundo nuevo, redimido del oprobio y la miseria. Por eso, en sus palabras y actitudes en el proceso, se advierte algo más que la pasión terrible de la venganza. Se advierte la seguridad que da la convicción reivindicadora. Y así fueron implacables en el hecho, e inflexibles y conscientes ante los jueces.

El olor de la pólvora enardece y excita a los soldados en el campo de batalla. Pero, fuerzas ciegas, instrumentos inconscientes desatados por la voluntad de los que mandan, no saben lo qué quieren ni a dónde van. Su arrojo sirve a los amos.

Nosotros, los anarquistas, que también estamos en guerra permanente contra el mal y la injusticia, sabemos en cambio lo qué queremos y a dónde vamos. Somos conscientes y responsables; tenemos un fin y hacia él vamos por medios condignos. Y así lo que exalta nuestra capacidad de acción, cuanto enardece nuestros bríos combatientes, sirve al ideal. Hombres somos, y también a nosotros el olor de la pólvora nos excita y nos lanza impetuosamente a la lucha. Sólo que el olor a la pólvora es para los anarquistas de la Argentina, como lo fué Bedel para los mineros de Decazeville, Simón Radowitzky. Lo fué en todas nuestras luchas; lo es más que nunca ahora en esta campaña por su liberación.

En el campo de la batalla por el rescate del héroe prisionero entre las nieves, impregnémonos de él, como del olor de la pólvora los soldados, y arremetamos ardorosamente por alcanzar la victoria.

MUJERES

En el foco vivo de la lucha, entre los que caen y los que avanzan, hombres sabios o iletrados a quienes el fuego de la acción calienta al rojo vivo, y a quienes templan después, como aceros, los padecimientos, las derrotas y las persecuciones, aparecen muchas veces, y no por delicadas, menos enérgicas, entusiastas y audaces, algunas figuras femeninas, siempre tiernas, en su función esencial de madres siempre — aunque tiznadas las manos y la cara por la refriega, aunque sangrantes bajo el tormento propio o ajeno, — aupando con amorosa solicitud materna y denodado esfuerzo, hacia la deseada victoria, su reivindicación proletaria, la causa del mártir caído, su ideal revolucionario. Así las mujeres de los mineros del Colorado, así Rosina Sacco, así María Poliakova, de quien publicamos una carta el número anterior.

En la formidable lucha que los mineros del Colorado sostienen desde mediados de Octubre, asume un valor grandioso la contribución de coraje, entusiasmo y sacrificio de las mujeres. Mujeres forman en los piquetes de guardia que vigilan las bocas de las minas para impedir la entrada de carneros. Mujeres engrosan los mitines y manifestaciones. Mujeres también entre los que reparten volantes, arengan a los huelguistas, y desfilan en columnas, desafiantes y resueltas, bajo la amenaza de los cosacos, las ametralladoras y los aeroplanos. Mujeres, en fin, entre los presos y los heridos. Mujeres jóvenes y viejas; jóvenes de 19 años, como Mika Sablick, la "virgen roja", esforzada propagandista de la huelga que, herida, el brazo roto y magullado el cuerpo, sale del hospital para la cárcel, con una sola pena: no estar junto a sus compañeros en la lucha; y viejas, como la señora Joseph Beraneck, madre de diez y seis hijos, repetidamente herida en la masacre del 21 de noviembre en la mina Colombine, por haber acudido, donde más recio era el tiroteo, en socorro de los numerosos caídos.

Un mismo afán de reivindicación anima a los mineros, hombres y mujeres. Y no sólo sus manos se confunden unidas en la crispación del mismo viril esfuerzo, sino hasta ellos mismos. Ya no son hombres o mujeres. Son combatientes, indiferenciados hasta por la vestimenta. Una de las mujeres heridas, la más grave de todas, de esa masacre, Marry Morrison, de 28 años, estaba vestida de hombre, como muchas huelguistas más.

En Rosina, la tierna y valerosa mujer que ha sufrido, como los mártires de Charlestown, la larga agonía de siete años y la electrocución final, y, de quien puede decirse que fué, en todo, digna compañera del heroico Sacco, queremos señalar, una vez más, un bello ejemplo de grandeza femenina, a propósito de su carta a los compañeros y amigos, publicada en "L'Adunata".

Ella sufre, sufre indeciblemente, pero está libre de toda desesperación porque su sentimiento solidario concede a su dolor el lenitivo de la lucha por la salvación de los que padecen, como aquel a quien amó y ama, la furia de la bestia reaccionaria.

"Cuántas son — dice en su carta — las víctimas nuestras que hay que defender y salvar? Mooney y Billing, en California; los sacrificados de Centralia que, desde diez años unos y ocho otros, mueren lentamente en las prisiones; en el Colorado, West Virginia, Pensylvania, los mineros que son masacrados diariamente; en Europa — hecha alguna excepción — el único lugar donde el rebelde puede encontrar todavía un poco de reposo y de paz, es la cárcel. Doquiera se posa la mirada hay persecuciones, terror y muerte. Las necesidades son muchas, la ayuda nunca es bastante. Dedicad vuestros esfuerzos, vuestra solidaridad en donde las necesidades sean más urgentes."

Ese es su llamado. Agradece conmovida la solidaridad recibida, sobre todo la viva solidaridad de los esfuerzos ay! inútiles para salvar a Sacco y Vanzetti, pero agradece más aún que toda solidaridad sea dedicada a las otras víctimas. En cuanto a ella, puede valerse por sí misma.

"Como todas las otras familias de trabajadores puedo, ahora, proveer a lo necesario para tirar adelante. Como sabéis, la familia no es numerosa. Dante está en los 14 años, Inés en los 7. La tarea de procurar lo necesario no es más ardua de lo que puede ser para tantas otras familias de compañeros."

Admirables mujeres, compañeras nuestras: de qué confortante luz penetráis nuestros espíritus; de qué inflamado ardor inundáis el pecho; de qué indecible energía dotáis a nuestros brazos! Mujeres, compañeras nuestras!

Nosotros y la policía

La situación de vigilancia rigurosa en que ha sido colocada, por la policía, "La Antorcha", su local y los compañeros que a él acuden, continúa como en las semanas anteriores. Es una fiscalización extrema de todos nuestros movimientos y actividades, un husmear de toda hora. Imposible dar un paso, sacar un paquete, sin ser seguido, o revisado o detenido. Y esto todos los días desde hace un mes. Esta semana varios compañeros más fueron detenidos, y puestos en libertad al día siguiente. Además, una gran cantidad de compañeros, fué detenida en distintos lugares el viernes a la noche, por fijar carteles.

¿Qué quiere, pues, "Orden Social"? ¿Aspira a impedir por esos medios que nuestra propaganda llegue al público de la calle, a frustar las conferencias sin permiso, cuya realización feliz en tres ocasiones ya la tiene preocupada? ¿O quiere extremar las cosas, meternos en un callejón sin salida, precipitarnos a lo que tiene merecido, para justificar después, mayores medidas de represión?...

Vaya a saberse... De todos modos, vaya sabiendo que está jugando con fuego... y que se va a quemar.

Aunque sean culpables

En un banquete dado en New York para festejar el éxito obtenido en el proceso Carrillo-Greco, Clarence Darrow, el celebrado autor de "Crimen y Criminales" pronunció un discurso, del que queremos destacar las siguientes frases:

"Si Greco y Carrillo hubieran sido culpables los habría defendido igualmente, con la misma energía, porque en el hecho del Decoration Day no se puede separar el lado político... Un tirano que viola toda libertad y hace del asesinato su método de gobierno es como quien siembra vientos para recoger tempestades..."

Los ignorados autores del hecho no mataron, empero, al tirano, sino a dos de sus secuaces. Darrow, sin embargo, los justifica plenamente, cosa que no harían ciertos compañeros de aquí, que hablarían por el contrario de "cobardía alevosa y frialdad irresponsable", acaso porque los responsables no cayeron en las garras de la policía.

En fin...

El Estado contra el niño

Concebimos la educación como una de las manifestaciones más fecundas de la convivencia humana. Ella es el tesoro inagotable de donde el porvenir ha de sacar con mano pródiga las infinitas realizaciones que la inteligencia, el ingenio, la ciencia y el arte irán logrando para los hombres del futuro.

Ese es el tesoro que nosotros como hombres libres apreciamos en todo su valor, y queremos, con todas nuestras fuerzas, salvar de la intervención esterilizante y dogmática del Estado, de la Autoridad, de la Imposición.

El niño es la posibilidad palpitante y real de la humanidad mejor de mañana; y esa posibilidad no puede ser frustada por nadie sin cometer un crimen.

Menos que nadie el Estado tiene derecho a malograr torpemente la promesa en flor del hombre nuevo y mejor del porvenir que representan los niños de hoy.

He ahí porqué los anarquistas combatimos siempre la intervención del Estado en las infinitas manifestaciones de la vida social. El Estado es la violencia en el seno mismo de las sociedades. Para imponerse existe y sólo la imposición lo explica. El determinado orden actual existente debe ser perpetuado por la Autoridad tal como los encuentra, y en esa función el Estado trata de usar de todos los medios que se le ponen a su alcance, y entre ellos (la ley, el ejército, la policía, justicia, etc.) uno de los más poderosos es precisamente la educación, porque coloca en sus manos la riqueza más grande de los hombres: el niño.

La educación y la cultura son y han sido siempre un anhelo de superación, un vivo y ardiente esfuerzo de la humanidad hacia un mañana social cada vez mejor, hacia un nuevo orden de cosas más fecundo y más justo, hacia una transformación, hacia una revolución en fin que ponga término a las miserias que oprimen a la humanidad y dejen al hombre libre de la intervención de los demás sobre su vida, sobre su trabajo y sus sueños.

Lo único que valoriza relativamente a la educación y a la cultura — entendida como deseo del hombre de ser cada vez más señor de su vida física, intelectual y moral — es justamente lo que al Estado le interesa combatir. Y es porque el Estado se ha comprometido (no con el futuro, con el pasado, con lo que ha sido, con lo que ha vivido y quiere perdurar, a costa de la salud y la libertad cada vez mayor que el mañana nos puede traer!) a defender una herencia que es el mayor obstáculo a la vitalidad y a la justicia social prevista ya por los hombres del presente.

Pero el niño, hombre de mañana, tiene delante un futuro de vida intelectual, física y moral, es decir todo un mundo lleno de posibilidades en las que una intromisión cerradamente dogmática como es la educación del Estado no tiene ningún derecho ni ninguna justificación. El hecho mismo de haber sido traído a un mundo lleno de miserias, dolores e injusticias, debería ser sobradamente suficiente para respetar con la mayor delicadeza su personalidad.

Qué derecho tiene nadie a moldear las mentes infantiles de modo tal que acepte como natural, o mejor aún, como moral y legítimo la condición de rentista, por ejemplo?

La moral que el Estado y los que apoyan al Estado, inculca, es una determinada moral entonces. La moral vieja diríamos, que justifica hechos y circunstancias viejas también, hoy consideradas injustas, ilegítimas y esencialmente inmorales. No es que haya sólo la sospecha de esa iniquidad, de esa inmoralidad, es que se ha reconocido ya la absoluta certidumbre de un mal que atenta a la vida misma de la especie y esteriliza la mente, el corazón y la realidad moral presente y futura de la humanidad.

Por eso los anarquistas vemos en esa especie de proteccionismo que el Estado ejerce en la educación un hondo y grave mal que está ligado íntimamente a un problema social innegable, y por eso es para nosotros un problema de la revolución.

Que el Estado abandonara ese proteccionismo sería como si licenciara el ejército y quemara sus arsenales, o como si las naciones se desarmaran por decreto. Equivaldría a una revolución, a negar su propia existencia, su verdadera y única razón de ser.

El Estado manipula la educación de modo que las nuevas generaciones que se han de incorporar a la vida social acepten y justifiquen no solamente un determinado concepto de la cultura, de la justicia, de la filosofía, etc., sino también para que consideren como legítima y moral la falsa posición en la cual vive una cierta parte de la sociedad encaramada en el privilegio económico y político.

Pero esa cultura, esa teoría social y esa falsa posición de privilegio y parasitismo no serán eternos.

Así como vemos en el arte una de las actividades que tiene por objeto trasmitir de hombre a hombre los sentimientos más elevados y más nobles del alma, así también concebimos la educación y la cultura como otra de las tantas manifestaciones de la convivencia humana, y como para que en el arte, en la educación o el trabajo pueda el hombre realizar su integridad intelectual y moral debe y es necesario que viva en un ambiente de libertad, negamos como anarquistas las pretendidas razones que asistirían al Estado para imponer sus dogmas, y reivindicamos para la revolución social el derecho y la justicia de su acción liberadora.

El mayor enemigo que tiene la infinita e inagotable fecundidad de la inteligencia es el Estado por su acción esterilizante en la vida social; el niño es el tesoro más grande de esa riqueza colectiva; en nombre de la libertad y de la personalidad intelectual y moral de la humanidad del porvenir, la revolución ha de romper también con esta otra forma de la opresión y de la explotación que se llama cultura y educación estatales.

MISERIAS MORALES

En esas luchas de intereses y de ambiciones en que se desarrollan todas las campañas políticas, se emplean casi siempre procedimientos y medios que indignan y sublevan por lo asquerosos y repugnantes.

Es que en política no es posible exigir a nadie honestidad, y un caso clavado de anormalidad sería si esta cualidad se manifestara alguna vez en los hombres y partidos que se disputan la conquista del poder y del gobierno. Ahí, en los momentos difíciles, es cuando el alma de todos los políticos se revela en toda su podredumbre moral, recurriendo, tanto unos como otros, a todas las armas que puedan significar una garantía para su triunfo. No importa que éstas sean las más infames y miserables, no importa que con ellas puedan herir los más nobles sentimientos de los hombres y de los pueblos, pues sus indignidades no tienen límite y hasta no vacilarían en vender a sus propias madres, con tal de que con ello obtuvieran el triunfo en las contiendas electorales.

La honradez, la dignidad y la vergüenza no reza para con ellos. La adulación, la calumnia y el sarcasmo son sus armas favoritas y comunes. Y el pueblo y los trabajadores votan siempre, no reaccionan jamás, aceptan resignados todas las humillaciones y todas las infamias, sirven hoy de juguete a sus ambiciones y caprichos, y mañana soportan musulmanamente los castigos y las hambres que desde arriba se les imponen.

Y hay trabajadores que, además de esto, se complican con procedimientos que tienden a confundir la opinión de la parte sana del proletariado, siendo vehículos de una propaganda infeliz por lo bellaca y que a nosotros nos produce asco y rabia, dolor y odio.

A nuestra mesa de redacción han llegado dos manifiestos, que según se nos informa han circulado con profusión por las provincias de Córdoba y Santa Fe, y que nos dan la me-

Anarquismo y violencia

Opuestos al sistema de violencia que rige las costumbres y perpetúa el Estado, los anarquistas expresan siempre su juicio invariable: somos enemigos de la violencia.

Y así, partiendo del principio solidario que rechaza toda coerción con el fin de aumentar el caudal sociable que inmana del hombre, sus luchas y afanes tuvieron un fin: suprimir la violencia en la relación humana.

No se ignora que por lógica reactiva frente a la progresión constante de las ideas libres, el régimen repele violentamente. Y en la necesidad de defensa natural, los anarquistas (como todos los hombres acorralados por uña jauría o una horda armada) han utilizado la violencia. Aceptar, justificar ese recurso extremo como instinto de defensa del hombre, como necesidad biológica frente al ataque de exterminio, no es lo mismo que hacer de la violencia la norma esencial de las ideas anarquistas.

Frente a los hechos subversivos que adquieren contornos trágicos, más aún, frente a la ceguedad y pasión sin examen de conciencia, no debe ser nuestra actitud, ni la del sentimental que lamenta cristianamente, ni la del apologista incondicional, sino la palabra serena que, apoyada en la base del anarquismo, oriente hacia actitudes responsables nuestra acción y pensamiento.

Negamos la violencia hecha sistema, ya invoque la autoridad establecida o ya un ideal de libertad. En el hábito de la violencia está la raíz madre de la autoridad. y es preciso reconocer que ese hábito engendra un ambiente de degeneración, en que se hunden ideas y hombres, más las primeras que los segundos. Comprendamos todos, con Fabbri, que "aquellos que vinieron a nuestro movimiento por espíritu de represalía, por el odio sembrado en sus corazones por la miseria y la desesperación, y que vinieron precisamente porque creyeron que la Anarquía era aquella idea de violenta represalía y de venganza que la burguesía les describió, se han negado a aceptar lo que es la concepción verdadera del anarquismo, es decir: la negación de toda violencia y la sublimidad en el amor del principio de solidaridad. Para estos individuos la anarquía ha continuado siendo la violencia, la bomba, el puñal, por una extraña confusión entre causa y efecto, entre medio y fin, y tan verdad es esto que cuando un Parsons declaró que *la anarquía no es la violencia*, y cuando Malatesta les repite que la *anarquía no es la bomba*, casi les tienen por unos renegados. Cuantos se afanan por corregir estos errores, funestas degeneraciones burguesas, recordando que la anarquía no es un ideal de venganza, que la revolución que desean los anarquistas debe ser la revolución del amor y no del odio, que la violencia debe ser considerada como un veneno mortal tan sólo empleable como contraveneno, por necesidad impuesta por las condiciones de la lucha y no por deseo de causar daño, a los que dicen todo esto, aunque sean los primeros en la abnegación y en la lucha, se les califica de viles y cobardes por parte de todos aquellos que en el cerebro tienen inoculada la falsa y burguesa teoría de la violencia que debe emplearse como ley del Talión o de Lynch". Esta cita extensa coincide con nuestro punto de vista. No es la primera vez que debamos referirnos en el movimiento anarquista, al vicioso lenguaje violento por la violencia misma. Así como las frases de odio, en defensa de intereses patrióticos, religiosos, capitalistas, van creando una costumbre de violencia impuesta en nombre de la autoridad, también ese lenguaje exacerbado, histerismo de acción, practicado en nombre de la libertad, origina los mismos perniciosos efectos, porque erige en finalidad misma de su propaganda, la violencia sistemática. La sentencia taliónica guarda un resabio de barbarie que se excluye enérgicamente de la prédica anárquica.

Hay una labor amplia, superior, que realizar fuera y dentro de nuestros ambientes: la compenetración de las ideas anarquistas, la formación de individualidades que no interpreten nuestro movimiento, dando la razón a los burgueses que nos combaten, como una facción dedicada única y exclusivamente al anonimato irresponsable, sino que comprendan que el movimiento libertario es de responsabilidad, de capacitación de conciencias, de profundo estudio social, y que la mal interpretada "propaganda por el hecho" no significa audacia verbal ni menos el cometido de acciones contraproducentes, sino el deseo de que el combate contra el régimen sea una obra *socialmente revolucionaria*. Porque la revolución social, que no es una panacea en hora prefijada y por venir, sino que debe comenzarse a hacer día por día en la propaganda, da tanta importancia a la construcción como a la defensa de la anarquía. ¡Y hay tan hermosos cometidos en la defensa como en la faz constructiva! En los últimos tiempos, aquí en la Argentina, aparte de la subversión colectiva, debemos citar a Wilckens y Radowitzky como ejemplos defensivos. Y sin embargo, ellos jamás propalaron la sistematización violenta, no hicieron teoría del atentado. Sus actos obedecieron a un estado de ánimo, jamás a una concepción elaborada ex profeso. Por el contrario, nadie tan antiviolento como Wilckens tolstoiano o Radowitzky fraterno. El dolor incontenible que les produjo el crimen de un tirano, hizo que abatieran ¿a quién, sino al tirano? El acto justiciero abatió verdugos de pueblos, como bien pudiera exterminar la iniquidad de un juez. En nuestros dos mártires, puede decirse con altura anarquista que la violencia fué justicia. ¡Pero qué distancia enorme entre tan sublimes gestos y la cobardía alevosa, la frialdad que se esconde en actos irresponsables!

En el plano social en que todo anarquista debe colocarse, hay que reconocer que el odio que se reconcentra en un ser por indignación ante un crimen de los amos regimentados, y estalla en un acto asaz violento, es humano (porque hasta lo salvaje es humano), es instintivo (porque hasta las bestias feroces poseen instinto), pero la actitud de los camaradas frente a la censura burguesa, frente al intencionado ataque de la opinión, es analizar lo humano y lo instintivo, para expresar a todos, estos conceptos: ¡Tiranos y esclavos del régimen! Habéis preparado con vuestro odio a la libertad, con vuestros feroces crímenes, con vuestro sistema de violencias, la bomba del impulsivo, "el gorila de los bosques prehistóricos", como dijera Barret, que arma el brazo del dinamitero, y en vuestra tiranía y en vuestra esclavitud están la causa del mismo efecto que censuráis. Dad amor y recogeréis amor. El anarquista brinda el amor para todos, no quiere violencias. En la cárcel y en la escuela, en el hogar y en el trabajo, en el ejército y la iglesia, en las ligas patrióticas y el Estado, ahí está la violencia. Vuestro odio a la libertad indigna y subleva. ¡No os extrañéis, entonces, que de vuestro mismo seno surgan vengativos!

Nosotros queremos construir una sociedad distinta de la actual, solidaria y armónica, sin autoridad, sin amos y sin leyes. Vosotros os oponéis, por vuestros intereses y vuestras costumbres impositivas de autoridad. Para transformar el régimen será preciso que el choque se produzca, que la revolución, violencia social de los rebeldes contra sus amos, se produzca. Y siempre, reconocedlo bien, será el hombre amante de la libertad, violento por vuestra culpa, por la incomprensión de los esclavos y de los tiranos.

Tal es la posición anarquista.

E. Roqué.

NOTA DE REDACCION

En las publicaciones anarquistas del país no hemos encontrado absolutamente una sola palabra sosteniendo la violencia como sistema, "como norma esencial de las ideas anarquistas", ni "erigiéndola en finalidad misma de la propaganda". Todas, en cambio, han abundado siempre en la demostración de lo contrario, afirmando la violencia solamente "como un medio, el único que la barbarie gubernativa y burguesa nos deja, de hacer frente a la violencia organizada del privilegio" — como decíamos, precisamente, en "La Antorcha" en ocasión de los últimos atentados, — ya que "la anarquía es la mayor negación de la violencia, que excluye en absoluto de la deseada convivencia anárquica".

Hacemos, ante todo, esta constatación, porque el artículo precedente, cuyo espíritu polémico se evidencia, tiende en lo substancial a refutar la opinión, inexistente en nuestro movimiento, de la violencia sistemática. La refutación, pues, es ociosa, y sólo responde — no es posible presumir otra cosa — a la habilidad polémica de atribuir a los demás opiniones que no sostienen, para darse después el aire de rebatirlas triunfalmente. Recurso cómodo, bastante socorrido, pero de mala fe.

La cuestión es muy otra. Lo que se discute, a raíz de las distintas opiniones publicadas a propósito de los atentados recientes, versa sobre la distinta apreciación de la violencia individual, no como sistema, ni como norma esencial de las ideas, ni como finalidad de la propaganda, como da entender el compañero Roqué, sino simplemente como medio. Ni siquiera tampoco la violencia individual, que cuantos discuten coinciden en aprobar, sino su aplicación en ciertos casos.

"Aceptar, justificar ese recurso extremo (el de la violencia) como expresión del instinto de defensa del hombre -- dice el articulista — no es lo mismo que hacer de la violencia la norma esencial de las ideas anarquistas". Tan no es así, que ningún compañero ha afirmado nunca lo contrario. Quedamos, pues, en que la violencia es justificable solamente cuando responde a la defensa de sí mismo o de los demás contra la violencia. El opreso es víctima de permanente violencia y está siempre, por tanto, en estado de legítima defensa. Su violencia es, pues, justificable siempre, y toda la responsabilidad criminal recae sobre los opresores. Bien lo dice Han Ryner en justa frase: "Todos los crímenes de tiranía o servidumbre son la obra del amo, ya que el esclavo no puede ser nunca un criminal contra sí mismo."

Pero los anarquistas, que están en estado de permanente revuelta, como decía Reclús, deben obrar conscientemente, por lo mismo que lo son, y sus actos deben hallar su justificación, no sólo en la legitimidad de la violencia defensiva del opreso, sino en los móviles que los inspiran. Y aunque los resultados sean, contra su voluntad, contraproducentes, no podrán merecer por ello nuestro repudio, pues no es por los resultados que debemos medir nuestro juicio, sino por la intención y los medios que se puso en obra.

Se cita, y con razón, el ejemplo de Radowitzky y de Wilckens. Pero, ¿dejaría de ser ejemplar la acción de éste, si la niña que salvó con su actitud hubiera vuelto sobre sus pasos al doblar la esquina y hubiera sido víctima de la bomba? No, ciertamente, porque no estaba en su intención e hizo cuanto pudo por salvarla. ¿Y dejó de serlo el acto de Radowitzky porque su bomba dió muerte, junto con Falcón, a su acompañante Lartigau? Tampoco. Nadie se acuerda, al juzgar el hecho, de ese resultado no perseguido por Simón, pues lo contingente no puede servirnos de fundamento.

---

dida de cuanto aquí decimos.

En uno de ellos, firmado por una inmaginaria agrupación anarquista "Kurt Wilckens", de Rio IV, se pretende reivindicar por un partido político el nombre de este querido compañero nuestro, cuyo solo recuerdo nos trae a la memoria todas las victimas caídas en la lucha por la abolición de todo poder y de todo privilegio. De Wilckens y de su gesto, como de Radowitzky también, de su pensamiento íntimo y de su conciencia, sólo pueden hablar los que como él sientan y piensen, como sentimos y pensamos nosotros, los anarquistas.

Wilckens y nosotros, sabedlo bien, políticos infames, nos hemos colocado siempre frente a vosotros, y su bomba y su revólver, con que ultimó cara a cara a uno de los vuestros, no fueron dirigidos a aquel monstruo que por un caso accidental ocupaba el lugar que habéis ocupado o pretendéis ocupar ahora. sinó contra todos vuestros intereses, contra todos vuestros principios y las instituciones que aspiráis a dirigir, intereses, principios e instituciones, en los que os identificáis de una manera inconfundible, representando una misma cosa: infamia, crimen, privilegio y muerte. El nombre de Wilckens utilizado para vuestras ambiciones! ¡Puaff!

Pase que lo hagáis con los milicos del escuadrón de Seguridad, como lo informa el segundo manifiesto aparecido en Rosario, inspirado por un partido adverso al que utilizó el nombre de Wilckens, porque, al fin y al cabo, políticos y milicos poseen la misma alma perruna y nada los separa. Pero no pretendáis hacer creer a nadie, si es verdad que un grupo de soldados abandonó la ropa, que éstos poseen un espíritu revolucionario y que ese gesto lo determinó un estado superior de conciencia. El tenor de este manifiesto revela a las claras la predilección de sus atuores por una fracción política determinada, aunque en él hagan alarde de su fe antipolítica y electoral. Nosotros, que conocemos suficientemente todas estas maniobras a que en los momentos álgidos de la lucha política apelan, llamamos la atención de los trabajadores a fin de que no se dejen sorprender por el lenguaje revolucionario y obrerista que, en la prensa y en las tribunas, emplean los que más tarde le darán hambre y plomo en vez de pan y libertad.

La complicidad con las infamias por nosotros señaladas, nos colocaría a todos en el mismo nivel que sus autores.

Por eso las señalamos, a fin de que cada cual extraiga las consecuencias que crea más necesarias.

La campaña por Radowitzky

Nuestra palabra a todos

No hemos podido ni hemos querido aceptar pasivamente la estúpida resolución policial al prohibir de una manera absoluta todo acto público en que se reclamara la libertad de nuestro querido Simón.

No ha entrado nunca en nuestras convicciones, ni en nuestros métodos de lucha y de propaganda, ese espíritu negativo de la inacción que se adopta generalmente por algunos ante el primer obstáculo que se interpone en su camino. Antes al contrario, a mayor imposición de arriba entendemos que se impone también mayor suma de voluntad para quebrantarla y reducirla, manera única de superar toda adversidad y toda valla.

Si la propaganda por la libertad de Radowitzky hubiera de quedar reducida, porque así conviene a los torturadores policíacos, a la simple e inofensiva tarea de realizar conferencias en nuestros locales, dudamos de que Radowitzky pueda recobrar su libertad sin desvirtuar su gesto y empequeñecer su persona. Es a la calle donde debemos trasladar nuestra acción y nuestra propaganda agitadora y es también en esta emergencia que se necesita el concurso de todas las voluntades, que no pueden ni deben negarse en esta hora de prueba para el anarquismo y los anarquistas.

El nombre de Radowitzky debe ser estampado en todas las paredes y lugares públicos, y nosotros lo estamparemos hasta con sangre de nuestras venas si fuera preciso. El eco de su nombre ha de atronar el espacio todo y a todas las plazas y esquinas hay que concurrir con nuestra voz solidaria hacia él, y de condenación a la vez para sus verdugos y cancerberos. En la calle hemos hablado a pesar de la prohibición policial, y continuaremos hablando hasta interesar al pueblo por esta causa que es la causa de todos los oprimidos.

Los tres actos realizados en distintos puntos de la capital han de ser multiplicados en las próximas semanas, pues ha de permanecer firme en nosotros la voluntad de querer y obrar hasta lograr la libertad de Radowitzky. Si esta labor nuestra fuera secundada por los diversos núcleos revolucionarios del interior, ella cobraría, a no dudarlo, la necesaria amplitud y consistencia como para obligar a los verdugos de Ushuaia a poner en libertad su odiada presa. Mientras tanto persistiremos en el empeño, tratando de traducir la agitación en un movimiento popular de gran alcance y significado, a cuya labor invitamos a todas las voluntades de la Argentina y América que en realidad deseen libertar a Radowitzky del maldito presidio de Ushuaia.

Comité Pro Presos Sociales, Gremios Autónomos, Agrup. y Publicaciones Anarquistas de la Capital.

¡RADOWITZKY!

Recordemos! Sólo el valor y el martirio son suyos. El dolor y la ira con que cargó la bomba que destrozó al tirano, eran del pueblo. Son nuestros!

La tragedia de un pueblo

BULGARIA

La reacción ha atrapado con su mano espeluznante el globo terráqueo. Nunca conoció el pasado un terror de tan vastas proporciones. Todas las dictaduras y reacciones que nos describe la historia, por más espantosas que fueron, carecieron de la calidad única de las actuales: su universalidad. Los distintos organismos de la internacional capitalista, cada cual en los límites de su patria, dominios o colonias, con la aprobación y el estímulo benévolo y recíproco, aplica sus terribles medios de represión. Un enorme pulso agonizante con desesperada ferocidad hunde sus espantosas ventosas en las carnes maceradas del pueblo trabajador y libertario.

La situación es desesperante principalmente para las naciones que después de la guerra mundial intentaron evolucionar hacia la libertad. Aquel pequeño rincón de la península balcánica que lleva el nombre de Bulgaria es un campo mortuorio. El pueblo está cabalmente subyugado y, por el más infundado pretexto, es continuamente masacrado. Parece, sin exageración, que, si en los diversos países la reacción aplica distintos medios de violencia, todos estos medios de actualidad, junto con los del pasado de más tétrico, son sumados, multiplicados y diabólicamente refinados hasta el infinito por el verdadero genio sanguinario y retrógrado de la casta dominante en ese país. Y somos testigos de una serie interminable de espantosos crímenes que no nos sentimos siquiera capaces de describir en todo su horror. Siniestros crímenes capaces de transformar un pacifista superhumanitario como Kurt Wilckens en un vengador, y que nos excitan, hacen crispar los puños y nublar la mirada. Crímenes que claman venganza, que borran momentáneamente nuestros fines superiores, que nos hacen olvidar nuestras quimeras de fraternidad universal y llenan nuestras almas de un odio implacable que nos rebaja. (1)

Describió el celebrado escritor Henri Barbusse, en su libro "Los verdugos", cómo fué ahogada en sangre y tormentos inauditos la rebelión de todo el pueblo búlgaro, traicionado cobardemente por sus jefes comunistas y agrarios cuando, después de la dictadura del "agrario" Stambolisky, procuró libertarse de la ultrareacción que sobrevino a raíz de la caída violenta de éste último en 1923.

Cinco años ya. La burguesía, ayudada por los militares y con más de la mitad del presupuesto estatal dedicado a mantener un cuerpo de gendarmería, de espionaje y de esbirros patrioteros, domina, esclaviza un pueblo muy infeliz. Corrompe y roe sus entrañas, desmorona y barre los últimos rasgos de estos frecuentes vestigios de costumbres comunalistas ly de ayuda mutua, que eran su orgullo legítimo y, tal vez, más caracterizados que en cualquier otro pueblo de Europa. Pretende substituirlos, inculcando sus absurdos vicios y su falaz fanfarronería patriótica, para desarmarlo espiritualmente.

Y con riesgo de no ser consecuentes en nuestro tema e ideas, pero fieles a la marcha de nuestro pensamiento, haremos notar lo siguiente.

Contemplando toda esta terrible represión de un intento revolucionario, sistema usual de las clases privilegiadas, consideramos la posibilidad de su repetición en este u otro país. Y entonces comprendemos la enorme responsabilidad que tendríamos en nuestra calidad de conocedores de la historia y de guías involuntarios, en caso de no abarcar debidamente la espantosa seriedad de todo intento revolucionario. Y en momentos de incertidumbre y excepticismo, nos preguntamos si, después de todo, los anarquistas rusos que rodean al periódico "Dielo Truda" de París, no tienen razón, después de los experimentos en carne propia, de proponer los medios eficaces y prácticos de defensa de la revolución venidera, que constan en el proyecto de plataforma de organización de la Unión general de los anarquistas y que hemos combatido en algunos puntos por contraria a los principios libertarios. ¿Es preferible el purismo a costa de posibles funestas consecuencias?

Esto, entre paréntesis.

Los asesinatos y la represión de todo acto libertario son la palabra de orden en Bulgaria. Aumenta constantemente la ya larga lista de víctimas. No se va con miramientos ni se exceptúan los movimientos pacifistas de índole libertaria. Se persigue y extermina encarnizadamente toda literatura revolucionaria. Efectivamente, en la capital — Sofía — ven la luz un periódico anarco-comunista—"Svoboden rabotnik" (Obrero libre) y una revista mensual del mismo carácter, "Nachalo" (Principio), como también un periódico sindicalista y varios comunistas y liberales. Es que la burguesía búlgara suma a su crueldad extrema un malvado maquiavelismo, un bajo malabarismo político, intentando demostrar rasgos democráticos, para apaciguar la indignación unánime de los pueblos europeos y su protesta internacional. Mientras tanto en las provincias no se permite la impresión de ninguna hoja libertaria y se permite leer solamente lo editado por los partidos burgueses. En el correo se arregla todo: desaparecen hasta los paquetes destinados para los compañeros del exterior. Meses enteros pasamos sin recibir noticia escrita de ese país.

Solamente la inmigración que afluye diariamente a la Argentina nos puede informar de lo que pasa en aquel país. Los episodios sangrientos se repiten ininterrumpidamente. El gobierno, incapaz de mejorar económicamente la situación y de ganar la adhesión popular, echa mano de nuevos recursos.

Las escuelas son militarizadas y están bajo la tutela del ministerio de la guerra. Los alumnos librepensadores o indómitos a la disciplina brutal, son juzgados severamente, echados del colegio y sufren largos períodos de presidio. A este nivel mísero ha sido llevada una institución, cuyo destino pretenden ser de enseñanza y desarrollo libre de la inteligencia infantil. Se procura formar una casta de falsos inteligentes, muy contrarios a los principios libertarios de reivindicación humana, juguetes en las manos del gobierno.

Existe en Bulgaria un llamado servicio de trabajo obligatorio durante un año, fuera de otros trabajos obligatorios excepcionales. Efectúan este trabajo los jóvenes que tienen que hacer el servicio militar y a veces todos los hombres capaces de trabajar, principalmente de la campiña. El gobierno, careciendo de recursos para alimentar toda la enorme banda de esbirros que lo compone, vende estos obreros forzados a los capitalistas, que los explotan inhumanamente, infligiéndoles toda clase de castigos y tormentos. Es un ejemplo notable para esta época "moderna". Es la vuelta de la ya abolida esclavitud crasa, sin reservas.

Describesenos también otro caso característico para el régimen actual en Bulgaria, ocurrido en un pueblo del distrito de Vratza. En el pueblo existe una comunidad formada por tolstoyanos. Uno de los miembros de esta comuna tuvo un altercado con el cura parroquial. Una de las noches siguientes, cuando todos los componentes de la comuna estaban reunidos, fueron atacados inesperadamente a tiros por dos personas "desconocidas". Las balas, penetrando por la ventana, alcanzaron a todos los miembros de la comuna, hombres, mujeres y niños, sufriendo heridas de menos o mayor gravedad. La policía, tal vez la autora directa de este alevoso atentado, movida por la indignación popular unánime declaró cínicamente no tener fuerzas para luchar con los criminales, aconsejando la inmediata disolución de la comuna.

No comentaremos el caso. Si corren esta suerte los pacíficos tolstoyanos, podemos imaginarnos lo que sufrirán en aquel país nuestros camaradas revolucionarios. En son de protesta, urge esgrimir constantemente el arma de la indignada opinión pública mundial en contra de la bestialidad de los gobernantes búlgaros.

S.

(1) Nosotros pensamos, por el contrario, que en la necesaria acción para repeler los crímenes gubernativos no hay olvido de nuestros fines superiores, ni nada que nos rebaje en el sentimiento de odio que esos crímenes nos inspiran. Convendrá con nosotros el camarada S, que lo único rebajante sería la resignada conformidad. — N. de la R.)

Lo que debemos contemplar siempre, en los hechos individuales y colectivos, es el propósito socialmente revolucionario que los inspira, y que permanece inmutable, sean felices o no los resultados. Sea un individuo o una colectividad el elemento combatiente, no se altera por ello la cuestión. Una huelga puede determinar resultados desastrosos para el proletariado y producir el desaliento y la dispersión de los obreros, pero no por eso se la repudiará. Una revuelta popular puede acarrear represiones sangrientas y determinar, para el desenvolvimiento de la propaganda, situaciones tanto o más graves que las producidas por los atentados individuales que más chocan, por sus consecuencias no previstas, al sentimiento popular. ¿Qué anarquista osaría condenar esa revuelta, si ella responde a una aspiración de libertad o de justicia? ¿Por qué habría de ser distintamente cuando el insurgente es uno solo en vez de ser una colectividad?

En la opinión de muchos hay excesiva prevención, que se cuidan de confesar, contra los atentados individuales. En una conferencia, alguién ha hablado de la insensatez de la acción individual y de la necesidad de regimentar en movimientos de conjunto, a través de organizaciones específicas, las energías individuales. Se desconoce que toda acción colectiva debe ser espontánea, la suma de múltiples acciones individuales, o sino no será nada; y se olvida que sólo la frecuencia y la importancia de las acciones individuales son las que determinan la acción colectiva.

La violencia es un medio, impuesto por la necesidad defensiva, pero la finalidad es la eliminación de la violencia de la vida social. No hay qué confundir, como dice Fabbri, el medio con el fin, pero tampoco hay que renegar de la violencia de un insurgente, como no se reniega de la de una multitud insurrecta.

Como asesinaron al ingeniero Watrin los mineros de Decazeville el 26 de enero de 1886

Incoherente e incierto sin duda, pero está en camino de hacer a menos de los patrones el proletariado que, cuando está colmada la medida de la iniquidad y de los odios, demuestra sabérselo quitar de encima en el buen día de la tormenta, e infundir con sus **cóleras épicas el respeto** que no supieron ganarle las seculares heroicas resignaciones.

Una prueba la dará enseguida el juicio inminente del tribunal. La instrucción se ha estrellado con un mutismo impenetrable, no ha encontrado delatores, no ha podido conseguir sin grandes fatigas los testimonios necesarios para sostener y confirmar la acusación.

Es así que de los millares de personas que directa o indirectamente participaron en la ejecución de Watrin, diez solamente comparecieron al debate, ocho hombres y dos mujeres:

Enrique Lescure, 37 años, minero. — **Luis Bedel**, 23 años, minero. — **Augusto Blanc (a) Bassinet**, 33 años. — **Próspero Caussanel**, 19 años. — **María Cayla Pendariez**, 28 años, tabernera. — **Antonio Sonquiere**, 31 años, minero. — **Julio Pueck**, 19 años, minero. — **Eulalia Phalip**, 26 años, lavadora de carbón. — **Luis Granier**, 26 años, minero. — **Antonio Chapsal**, 38 años, minero.

LA ACUSACION

denuncia a **Lescure** como el principal instigador de los tumultos: estaba Lescure a la cabeza de los huelguistas desde el primer momento; Lescure ha seguido siempre a Watrin como el chacal a su presa; Lescure está entre los desorbitados que en el Municipio reclaman la piel de Watrin; es el primero en invadir la casita en la que el asesinato será consumado; el primero en asestarle el golpe que le rompe el hueso frontal. El es también el que golpea bestialmente a los ingenieros Varzat y Chabaud que vienen en socorro de Watrin.

El acta de acusación añade que cuando los dos ingenieros después de reconocerlo fueron careados con él y le han reprochado duramente la bárbara agresión, ha respondido con indiferencia: con cinco años de galera les pagaré todo, y no me darán ni una hora más.

Bedel es presentado como un ladrón de profesión, que del servicio de la Compañía habría sido despedido por hurto, y que la víspera de la huelga había tenido ante el tribunal de Villefranche una condena a seis días de prisión.

Dice el acta de acusación que Bedel se ofrecía por cincuenta francos para aporrear a cualquiera, y que en más de una ocasión había querido organizar una banda para darse al bandidaje en los caminos. En el informe de la ejecución de Watrin el acta de acusación sostiene que Bedel estuvo desde la mañana a la noche al frente de los revoltosos excitándolos con sus cóleras y sus amenazas. Bedel estaba a la cabeza de la veintena de bandidos que echó abajo la puerta de la casa y sacó de su quicio la de la pieza en que Watrin se había refugiado.

Bedel el ladrón, dice el acta de acusación, es el que formula las reivindicaciones de los huelguistas, es él que viendo a los huelguistas tergiversar, ceder bajo la mirada firme de Watrin les grita: "Hato de cobardes! Ahora que lo tienen no se atreven a tocarlo! Estrangúlenlo, que lo llevaremos después a dar un paseo por la ciudad!"

A **Blanc**, llamado **Bassinet**, el acta de acusación imputa haber sido el ayudante de campo de Bedel, al que no abandonó hasta el último momento, es decir cuando acudió en ayuda de Lescure arrojando la puerta sobre los dos ingenieros que querían librar a Watrin, bañado en sangre, de la furia de este último.

A **Caussanel** que tiene apenas diez y ocho años, y mal nutrido, flacucho, parece un niño todavía, el acta de acusación imputa haber sido de los más feroces perseguidores de Watrin. Refiere que Caussanel, si alguien le aconsejaba retirarse le contestaba irritado: "no querer derrochar la flor de la juventud sin ganar siquiera el pan. Que Watrin hacía llorar a mucha gente para que se le pudiera perdonar".

Cuando Watrin era arrastrado hacia la ventana por donde fué precipitado, Caussanel, según la acusación, lo había golpeado con una ferocidad y una obstinación que espantaban, y apenas el cuerpo de Watrin se desplomé, Caussanel habría bajado precipitadamente y lo habría maltratado rabiosamente, gritando: "Este ha cobrado su cuenta; hay que saldársela ahora a algún otro".

También la **Cayla Pendariez** está señalada gravemente por la acusación: estaba entre los más encarnizados en querer arrojar al río a Watrin. Arriba, mientras lo conducían hacia la ventana, la Cayla Pendariez le arrancaba el pelo a mechones, aullando e imprecando.

Souquiere, Granier y Chapsal son, según la acusación, los tres asesinos de Watrin. Estos tres serían los que agarrándolo, Sonquiere y Granier cada uno por una pierna, y Chapsal por la espalda, y balanceándolo unos segundos le lanzaron enseguida ventana abajo.

La acusación, no obstante, se vé obligada a registrar que estos tres imputados han desmentido siempre categóricamente los hechos que se le atribuyen, negándolos del modo más decidido.

Menos comprometidos por la acusación están **Pueck y la Phalip**. Esta habría seguido las turbas vociferando que Watrin había hecho mucho mal a los trabajadores y que debía reventar; **Pueck**, aunque no ha tomado participación directa en el asesinato, mientras Bedel trataba de subir a la ventana, se esforzaba por alcanzar el piso superior trepándose por las cañerías del gas.

EL DEBATE

La Corte está presidida por Mattei, consejero de la Corte de Montpellier. La acusación está representada por el **Procurador General**, Barardat, de la misma Corte.

Por la defensa Maillard y Millerand, diputados de París, y el abogado Cremieux, diputado de Valchiusa.

La familia del ingeniero Watrin se ha constituído parte civil, ya sea para invocar la severidad de la justicia contra los ejecutores, ya para defender, en caso necesario, la memoria de la víctima. La asiste el abogado León Renault.

La audiencia se abre a las nueve en punto. En los patios, en las galerías, en el recinto, por las escaleras, no se encuentran más que soldados, gendarmes y alguaciles. Los hay por todas partes. El miedo, el terror que en todo el departamento y en todas las clases sociales ha suscitado la sangrienta revuelta de los mineros, la pavura que de cautelas y reservas ha trabado la instrucción, enmudecido a los testigos, fatigado al jurado en sus tareas, reina aún aquí paara mortificación de la justicia.

Cualquiera, observando las barreras con que se han cerrado las salidas laterales de los corredores y los huecos de las escaleras para impedir todo refugio a los hipotíticos organizadores de fantásticos dinamitazos, halla que las cautelas son más que excesivas y delatan desgraciadamente un miedo que lesiona la severidad y la majestad de la justicia.

Los imputados acompañados de los guardianes entran en la jaula. Visten casi todos la blusa oscura del minero; bajo las blusas abiertas se ven las burdas camisetas de punto.

Caussanel queda afuera de la jaula y especialmente custodiado por dos guardianes. Parece que en la instrucción ha cantado, agravando la situación de sus compañeros; para salvarlo de posibles represalias lo dejan ahora fuera de la jaula en que sus camaradas han ocupado sus puestos.

La Phalip, una morena huesuda, está en la extremidad de un banco; la Pendariez, de cara y cabellos rojos, con un pañuelo anudado sobre la nuca, mira al público con un manifiesto aire de seguridad, de indiferencia, desde el otro extremo.

Llenadas las primeras formalidades y leída la acusación, tal como la hemos resumido, se inicia el interrogatorio de los imputados.

INTERROGATORIO DE LESCURE

Presidente. — Ha tenido diferencias personales con el ingeniero Watrin?

Lescure.—Jamás, por ninguna razón.

Pres. — Pero habéis estado en trance de ser despedido, y en tal circunstancia el ingeniero Watrin no intercedió por Vd.?

Lescure.—Es exacto, me hizo retener en servicio recomendándome solamente que fuera más juicioso en adelante.

Pres. — No le ha prestado algún otro servicio

Lescure.—Me facilitó un anticipo de 50 francos de la Compañía.

Pres. — Y no obstante eso, desde el comienzo de la huelga le estuvo siempre, implacablemente, sobre los talones; lo ha asediado en el Municipio, persiguiéndolo como a una presa y, una vez atrincherado en la casita en que debía dejar tan miserablemente la vida, dió Vd. la señal del asalto, y Vd. le pegó el primer golpe terrible de barra en la frente.

Lescure.—Es la pura verdad. Dudo, sin embaargo, de que Vd. llegue a comprenderla, si en la ejecución de Watrin no buscais otras causas que la ingratitud o el rencor personal. Watrin era una institución, un símbolo. Era el patronato en la expresión más cínica de su arrogancia y sus usuras. Era tan universalmente y tan cordialmente odiado que ninguna voz se ha levantado en nombre de la humanidad o de la piedad en su defensa. Todos, aún aquellos que personalmente habían tenido de él las preferencias y las atenciones por Vd. recordadas, han tenido que ponerle las manos encima mientras estuvo vivo, los talones en la cara aún después de muerto. Se extraviaría buscando en los rencores personales las causas de la ejecución. Y si Vd. quiere buscarlas afuera esas razones debe admitir que las hay. Yo me puse a su flanco desde la mañana, y no lo dejé hasta la muerte. No lo niego. Quería que mis manos fueran, como las de todos, implacables y despiadadas en la anhelante espera de venganza por tantos años ansiada.

Corren escalofríos por la espalda de los doce ciudadanos del jurado. **El Procurador General** está como sobre zarzas y busca en la mirada errante del Presidente la aprobación de una protesta que le parece de rigor. Los mismos abogados de la parte civil no arriesgan un reclamo. El público ha enmudecido ante la audacia de Lescure, que asume íntegramente su parte de responsabilidad sin cuidarse de las consecuencias.

Pres. — También con la misma barra con que hirió en el cráneo a Watrin, le pegó Vd. despiadadamente a los ingenieros Chabaud y Verzat.

Lescure. — No valían más que Watrin, y por otra parte ellos venían a interponerse entre la venganza y la expiación. Deben estar contentos que les haya costado poco.

Pres. — Y partió gritando a la muchedumbre que lo acogía con salvajes aullidos de alegría: "Por fin Watrin recibió su merecido!"

Lescure. — Exactísimo. Los gritos de la muchedumbre le dicen también que yo no les llevaba una noticia ingrata.

Pres. — Eso no lo excusa.

Lescure. — Quién le ha dicho que yo busco una excusa

Pres. — La Compañía había cumplido con Vd. largamente su deber: había dado a vuestra madre una indemnización y un empleo.

INTERROGATORIO DE BEDEL

Pres. — Los informes sobre su conducta no son lisonjeros. Dicen que ha tratado Vd. de organizar varias veces una cuadrilla de bandidos para saquear por los caminos y también a la Compañía que no quería saber más de sus arrogancias.

Bedel. — La Compañía aniquiló al padre, puso a la madre en situación de solicitar el pan a la limosna y no quiere el trabajo del hijo, el trabajo mío: o el destierro o el ayuno! Y bien, yo no reconozco a la Compañía el derecho de vida y muerte que sobre los hijos del Aveyron quiere ejercer soberanamente. Yo no vivo de limosnas y no me resigno a morirme de hambre, y el derecho a vivir del trabajo, que se me ha negado, lo reivindico en la calle si es necesario. Si Vds. creen que con una bolsa de habas y un centenar de francos se ha pagado suficientemente la vida de mi padre arrebatado por el grisú para beneficio de la Compañía, por qué entonces malgastan tantos ochavos y tanto tiempo e incomodan y asustan a tanta gente por la piel de Watrin? La piel que se ha pulido en el ocio bajo las caricias del guante valdría más que la nuestra curtida por el aquilón y que la fatiga ha hendido de arrugas?

Pres. — Tiene Vd. que quejarse de la conducta de Watrin?

Bedel. — Yo no. No me había hecho nada... y tampoco se lo hubiera permitido.

Pres. — Y entonces qué tenía que reclamarle? No estaba Vd. más al servicio de la Compañía y era el orador de los huelguistas.

Bedel. — Y el olor de la pólvora...

Pres. — Y sería de sentir. Pero Vd. al frente de una banda de energúmenos armados de palos y cuerdas hizo frente a Watrin. Usted! Nadie osaba tocarlo. Usted, usted solo enrostró a estos inconscientes: "Cobardes! Estranguládlo; ahora que lo tenéis a mano, y lo llevaremos así a dar un paseo por la ciudad!"

Bedel. — Es verdad. A la guerra va quien tiene hígados, y fuí yo quien hizo frente al ingeniero, que no me había hecho ningún mal, pero a quien de cada boca amargada, de cada corazón lacerado, de cada tugurio mísero había llegado persistente, desesperada la imprecación de todos los mineros, siempre la misma: "Watrin nos quiere ahogar en la miseria! Watrin nos pisotea!"

Ah! ahora lo tenían allí, bajo sus puños nudosos, aquella mañana, y cuando él los miraba con sus penetrantes ojos verdes poco faltaba para que se le arrojaran de rodillas. Cobardes! Hasta Vd. le hubiera gritado a ese puñado de eunucos. Por eso me ví obligado a decirle yo, a quien él jamás había molestado, lo que sus víctimas no se atrevían a repetirle. Sucede así en todos lados y siempre en la vida. Yo, qué les hice a Vds.? Y sin embargo están aquí apresurados para mandarme a la cárcel, por haber cancelado con Watrin cuentas que no interesan a ustedes.

Pres. — No fué Vd. quien lo arrancó de la silla y lo llevó a través de un sendero casi inaccesible al Municipio?

Bedel. — Fuí yo.

Pres. — Mientras la muchedumbre lo rodeaba enfurecida, lo maltrataba a pedradas, lo cubría de fango?

Bedel. — No es asunto mío.

Pres. — Pero era propósito suyo arrastrarlo por la ciudad?

Bedel. — Cierto. Aquellos miles que su orgullo implacable había humillado, debían verlo, todos, al menos por una hora, humillado a su vez.

Pres. — Sólo lo abandonó Vd. para bajar a la cabeza de una cuadrilla de mujeres y hacer suspender el trabajo en las minas de Bourran, escupir en la cara a los mineros que no querían adherirse a la huelga, descarrilar las vagonetas cargadas de material cortando los cables. Pero cuando Watrin está sitiado en la pequeña casita donde dejará la vida, se le vió a Vd. trepar a la ventana, entrar el primero, echar a un lado a los que le rodean e incitarlos a que lo arrojaran por la ventana: "El se agarraba al muro con ambas manos, pero yo se las he arrancado", gritó a la muchedumbre haciendo ostentación de su feroz bestialidad; y realizado el delito se fué Vd. a jugar una partida de naipes, como el más pacífico de los burgueses.

Bedel. — Como los bandidos de la Compañía que se consuelan con una partida de naipes de los estragos que llevan a nuestros tugurios el luto, la miseria y la desolación.

LOS DEMAS INTERROGATORIOS

Pres. — Póngase de pie, Bassinet, y responda Vd. a mis preguntas. Dicen los informes que Vd. no ganaba menos de cinco francos al día, y que los dejaba habitualmente en la taberna...

Bassinet. — El teatro y la escuela nos llevan pocos ochavos. En una región minera los pocos cuartos que se ganan no se gastan como se quiere, sino como se puede. Yo los bebía.

Pres. — Parece que la mañana del 26 de Enero con el pretexto de acompañar al cementerio a un amigo difunto se embriagó Vd., y que en estado de completa ebriedad participó luego en el asesinato lento y feroz de Watrin. Dominaba su voz el infernal tumulto, dicen los testimonios, y no disonaba en el coro: "Acaben con él — aullaba — el gran canalla nos ha hecho sufrir demasiado!"

Bassinet. — Veremos los testimonios.

Pres. — En la casa del delito sacó Vd. la puerta de sus goznes y la arrojó sobre los ingenieros que acudían en socorro de Watrin. El alcalde le quería alejar, pero las mujeres protestaron para que lo dejara en la cruel tarea: "Es el hombre que necesitamos nosotros, hoy", vociferaban convulsas. Y se quedó Vd., como ellas querían. Si hubiese prestado oídos al alcalde no estaría aquí.

Bassinet. — No me quejo.

Pres. — A Vd. ahora, Pendariez. Su moralidad es deplorable. Su marido la ha sorprendido en flagrante adulterio. No obstante, la Compañía la ha tratado mejor que antes. Watrin le hizo acordar numerosos "bonos" para las cocinas económicas; es verdad?

Pendariez. — Es verdad.

Pres. — Tenía Vd. algún rencor hacia él?

Pendariez. — Ninguno.

Pres. — Qué razón le inducía a perseguirlo como una furia y gritar frente al Municipio: "Echenlo al río".

Pendariez. — He seguido a la muchedumbre; y a esa muchedumbre Watrin había hecho sufrir tanta hambre y tantas humillaciones!

Pres. — Vd. en cambio no le debía más que gratitud. Y sin embargo el sub-prefecto la vió en el umbral del cuarto donde Watrin había sido masacrado. Le arrancó Vd. el cabello a mechones; los han hallado pegados con la sangre sobre el cuello del saco. El sub-prefecto quiso alejarla de aquel lugar, de la degradante tarea, pero Vd. protestó: "No lo dejaré más — gritó — no lo dejaré sino muerto!"

Pendariez. — Era el odio de todos, sofocado por tantos años, contra los vampiros de la Compañía. Y en la hosca tormenta ha caído el que de todos era acaso el menos culpable. La venganza no razona, estalla.

Pres. — Vd. Sonquiere. Tiene quejas contra Watrin?

Sonquiere. — De ningún modo.

Pres. — Se le acusa de haber sido uno de los tres que lo arrojaron por la ventana a la calle.

Sonquiere. — Es una mentira.

Pres. — No estábais en el cuarto con Watrin, en el momento de la masacre?

Sonquiere. — No. Estaba en el patio, hablando con el comisario de policía.

Pres. — El Sr. Simón, sub-prefecto, asegura haberlo visto en la pieza donde se cometió el delito.

Sonquiere. — Antes o después, puede ser, no en el momento de ser golpeado Watrin.

Pres. — Pero su compañero Caussanel ha declarado que Vd. fué uno de los que lo tomaron por las piernas para lanzarlo por la ventana. Es así, Caussanel?

Caussanel. — Así me han obligado a decirlo, pero sería un embustero si lo confirmara. De todo lo que sucedió en aquel día yo no recuerdo nada.

Pres. — Veamos un poco, Granier. No tomó Vd. al pobre Watrin por una de las piernas y no ayudó a echarlo por la ventana?

Granier. — Es una infamia. No tenía ni sombras de rencor para Watrin, que jamás me había hecho nada.

Pres. — Estaba Vd. sin embargo en la pieza en el momento del asesinato.

Granier. — Estaba en la taberna de Comby cuando alguien vino a anunciar que a Watrin le habían ajustado cuentas.

Pres. — Nadie le vió allí: Figura en cambio en el sumario una carta que desde la cárcel intentó Vd. mandar clandestinamente a su mujer: "Viva la huelga! — se lee — Viva la Revolución Social! Pero es necesario andar con cuidado, hay dos espías entre nosotros..."

Granier. — Qué quiere Vd. que le diga, si yo no he sabido escribir nunca en mi vida?

Pres. — No le reprocho su "viva" a la revolución social. Nadie le niega el derecho a tener y manifestar sus opiniones.

El público, ante la extraña salida del Presidente, se agita y murmura. No saben conciliar, los buenos burgueses de Rodez, la majestad impasible de la justicia con el manifiesto terror que se traiciona en la excesiva condescendencia del Presidente, y calculan que con un Presidente así dispuesto, los jurados no pedirán nada mejor que lavarse las manos y abrir la jaula a los ejecutores de Watrin. ¿Quién los salvará mañana de la venganza de Lescure, de Bedel, de Granier, si el proceso termina con una absolución? ¿Y dónde irá a parar el respeto a la magistratura si por miedo, por cobardía, sus sacerdotes reconocieran a los criminales el libre e incontestable derecho a la revolución social?

Mientras tanto, con la negativa categórica de Chapsal y con el insignificante interrogatorio a la Phalip y a Pueck, esta primera parte del debate está agotada y se pasa al

EXAMEN DE LOS TESTIMONIOS

Digámoslo en seguida: los testimonios aportados, más que para corroborar la responsabilidad material de los pocos imputados en la ejecución sumaria de Watrin, tienden a disculpar la Compañía Minera del Aveyron de la responsabilidad evidente de haber provocado, con un sistema bárbaro de excesos, los tumultos que costaron la vida a Watrin. De los mineros del valle ninguno ha venido a confirmar la acusación; de los funcionarios y empleados de la Compañía la mayor parte hace recaer en el alcalde Cayrade la responsabilidad del martirio de Watrin, y si todos más o menos confirman la participación de los actuales imputados en el acto de la venganza despiadada, ninguno se atreve a señalarlos como autores materiales. Todos elevan un himno apologético a la Compañía para paralizar la encuesta ordenada por el gobierno, tejen un elogio entusiasta de Watrin, pero no se permiten desafiar las represalías de la muchedumbre silenciosa que parece esperar una común resolución: si se debe conceder un armisticio o si se ha de recomenzar a saldar cuentas con algún otro verdugo.

El ingeniero Laur es el primer testigo. Había ido la mañana del 26 de Enero a Decazeville para velar por la manutención de las minas desiertas. Los tumultos habían estallado ya y Watrin estaba en el Municipio. Habiendo preguntado si había hombres de buena voluntad, dispuestos a acompañarlo para una inspección por las minas, Watrin insistió en ir con él. El alcalde trató de disuadirlo y, siendo vanos sus esfuerzos, me lo recomendó vivamente: "No lo pierda de vista — me dijo — acaba de escapar por un milagro".

—Apenas en la calle, la muchedumbre, que rumoreaba amenazadora, se puso en nuestra persecución, aullando, imprecando, echándosenos encima implacable. Resolvimos entonces, yo, Watrin, Verzat y Chabaud, atrincherarnos en las viejas oficinas de la Compañía que daban a la calle y así lo hicimos. Pero la muchedumbre, lejos de desarmarse y dispersarse, puso sitio al pequeño edificio. Serían unos mil ochocientos hombres y algunos centenares de mujeres. Las mujeres imprecaban con gritos de muerte, los hombres aullando rítmicamente trataban de echar abajo la puerta. Watrin estaba en el primer piso con Chabaud y Verzat. Cuando yo salí y ví un racimo oscuro de mineros subir del este por la ventana al piso superior, corrí allá. Watrin estaba en el suelo con la frente ensangrentada. Aprovechando la confusión y la batahola producida por el amontonamiento de los que habían logrado voltear la puerta, corrí al telégrafo para pedir inmediato socorro. En el camino, entre la muchedumbre, intenté persuadir a los más fascinerosos para que desistieran. Mañana firmará su renuncia. Empeño mi palabra. Cálmense. Era como hablar a las olas enfurecidas. ¿Mañana? ¿Su renuncia? !Pero si nosotros queremos su piel! — me respondía una vieja endemoniada. ¿Mañana? ¿Pero Ud. espera entonces hacerlo escapar esta noche y arrebatárselos de las uñas? No. Esta vez se quedará.

De vuelta del telégrafo, ví todavía a Watrin; yacía en tierra, cara abajo, bañado en sangre: agonizaba.

Verzat, ingeniero, repite casi idénticamente la deposición del colega Laur que le ha precedido, destacando sobretodo que en los momentos de mayor peligro ha tratado siempre de ser el escudo del propio Watrin, y buscando a la vez de colocar en mala situación la intervención del alcalde Cayrade que vería con gusto en el banco de los acusados.

"Cuando nos refugiamos en el local de las viejas oficinas de la Compañía — dice Verzat — el alcalde nos alcanzó diciendo: se agrava el asunto; no escaparemos más. Y cuando Watrin ya horriblemente herido tardaba en suscribir la renuncia que se le había presentado, el alcalde exigía a toda costa que la firmase, y lo hacía en un tono tan imperioso que yo me ví obligado a observarle bruscamente que era cuando menos una ironía pedir la renuncia a un hombre que se asesinaba".

El abogado **León Renault**, de la parte civil, interviene en este momento: ¿"Mientras la muchedumbre invadía el Municipio, ha visto el testigo a dos gendarmes que trataban de acercarse al Alcalde para ofrecerles sus servicios? ¿Puede decir si el Alcalde los despidió, y en qué términos"?

El ingeniero Balzat. — Es muy exacto. Desafiando valientemente a la muchedumbre en el momento en que estaba más excitada, dos gendarmes se acercaron al Alcalde Cayrade pidiendo órdenes. "Váyanse a pasear lejos de aquí, yo respondo del orden", replicó el Alcalde, y volviéndose a los huelguistas: ¿Lo ven? He mandado a pasear a los gendarmes; no permitiré a nadie que meta la nariz en nuestras cosas".

Y la audiencia se disuelve mientras la concurrencia domesticada murmura, mirando hacia el Alcalde, las más cordiales maldiciones.

Al reiniciarse la audiencia el primer testigo interrogado es justamente el Alcalde, que relata la terrible jornada y es acosado inmediatamente después por las preguntas de la Parte Civil.

El abogado Renault. — Por qué habéis despedido a los gendarmes en lugar de tenerlos a vuestro lado y pedir inmediatamente refuerzos?

El alcalde Cayrade. — Porque conozco a los mineros del Aveyron y sé que cuando se rebelan basta la presencia de un gendarme, de un policía, de un soldado, para precipitarlos a todos los excesos. La presencia de los gendarmes y de las tropas hubiera significado una catástrofe simplemente, y yo no lo he querido, porque por lo demás, de una y de otra parte no hay más que desgraciados, mientras que quien provoca y ordena las masacres está siempre sobre seguro. Por otro lado, yo confiaba poder evitar cualquier extremo.

El ab. Renault. — Pero licenciásteis a los gendarmes cuando os había llegado al oído el propósito de los huelguistas: "Esta vez daremos el golpe antes que la tropa llegue". Es así?

El alc. Cayrade. — Así es; pero todos los excesos del 26 de enero han concluído con el sacrificio de Watrin. Hubiera terminado mucho peor si los carabineros se hubieran quedado y la tropa hubiera estado presente.

Ab. Renault. — Os parece poco el asesinato de un hombre como Watrin

Cayrade. — No lo digo y no lo pienso. Pregunto a mi vez si la masacre de algún centenar de mineros no hubiera sido peor.

Ab. Renault. — Vuestra primera preocupación debía ser el orden.

Cayrade. — De mis deberes sólo interrogo a mi conciencia. El orden no se hubiera conseguido si los mineros además de sus reivindicaciones hubieran tenido que pedir cuentas de la vida de centenares y centenares de seres queridos.

El ab. Millerand de la defensa. — Quién era el agente de la Compañía que tenía a su cargo la vigilancia de los salarios y que en esta huelga y en las anteriores había propuesto la disminución?

Cayrade. — El ingeniero Watrin.

El ab. Millerand. — Era muy odiado?

Cayrade. — Tan odiado que nadie dudaba que en el primer conflicto dejaría la piel.

El ab. Limbourg de la parte civil. — Y con esta convicción habéis licenciado los gendarmes?

Cayrade. — No lo pude salvar yo, no lo habrían podido salvar los gendarmes, sólo que en lugar de una víctima hubiéramos tenido centenares.

El testigo es despedido y pasa alta la frente entre la muchedumbre que a su paso se manifiesta hostilmente.

Almeras, jefe de las oficinas, presenció el asesinato de Watrin, ha visto cuando lo arrojaron por la ventana y cuando ya en tierra, exánime, era maltratado particularmente por las mujeres que le dejaban en el rostro, en el cráneo ensangrentado, las marcas de sus zuecos herrados. Pasea la mirada desatenta sobre los imputados que están en la jaula, declaran-

CAMPOS - FABRICAS - TALLERES

do que no sabría identificar en ellos a los asesinos de Watrin.

Los doctores **Puechargut** y **Couly** han prestado a Watrin la primer asistencia, ay! inútil. Las heridas eran espantosas. El cráneo, detrás de la oreja izquierda, estaba hundido, el rostro había sido blanco de tantos golpes que bajo las carnes hinchadas y amoratadas los ojos habían desaparecido, la nariz aplastada por una herida enorme que cruzaba la cara de una sien a otra.

Y llegamos así al último testigo, el señor Petitjean, director de la Compañía de Decazeville, que se esforzará por infundir en el ánimo de la Corte, de los jurados, del público, la convicción de que la Compañía por él dirigida es para los mineros la madre atenta, afectuosa, bondadosa, contra la cual los hijos ingratos se rebelan sólo por instigación de los agitadores y por una íntima brutalidad incurable.

El director Petitjean. — Yo me ocupo del conjunto de la administración; el ingeniero Watrin se ocupaba de los detalles, y me reemplazaba en mi ausencia, reuniendo los informes de los ingenieros subalternos, tratándose lo menos posible con los obreros.

Ab. Renault. — Por qué?

Petitjean. — Porque los obreros no podían verlo. Contra la verdad, contra la justicia, se había creado en torno a Watrin una leyenda de dureza y de brutalidad. Era odiado. Y no obstante, él amaba a los mineros, sabía de memoria los nombres de generaciones enteras que habían estado al servicio de la Compañía; se informaba constantemente de los precios de los artículos, se esforzaba, con un conjunto de instituciones de previsión nacidas todas por su iniciativa, de hacer menos desgraciada la vida de los mineros. Curioso, estudioso de los más arduos problemas sociales, huía de la política, de la grande como de la local hecha de ambiciones, de rencores, de pequeñeces. Era inteligente, fiel, disciplinado.

Ab. Renalt. — Cuáles son, en su opinión, las causas de la huelga?

Petitjean. — Toda la propaganda criminal que se desencadena por las regiones mineras, alentando en los pobres esperanzas exageradas y necias de un paraíso que ha de alcanzarse con un golpe de mano entre la rebelión y el delito. Los mineros, ilusionados con este espejismo, se han tornado exigentes e intratables. Cualquier pretexto, aún el más insignificante, los lleva a la huelga, y toda huelga es un huracán que debe volcar las sombras del "gran crepúsculo" sobre la sociedad, como saludan los oradores callejeros el anunciado fin del régimen burgués.

Pres. — Está comprobado sin embargo que la Compañía pensaba en una reducción de los salarios.

Petitjean. — Son a veces exigencias del momento; pero no es menos cierto que los huelguistas ganaban de ciento diez a ciento quince francos al mes, y que algunos ganaban hasta ciento cuarenta.

Bedel (desde la jaula). — Y Vds. cuánto ganan al mes, sin ver jamás la boca de la mina?

Ab. Renault. — Las violencias, para Vd., son las características de toda huelga minera. La huelga de 1878, sin embargo, pasó sin incidentes graves.

Petitjean. — Los propósitos no eran distintos de los que se han manifestado en la última huelga. También entonces un ingeniero, el ing. Ronqueyrolles, fué hecho prisionero, arrancado de su oficina, arrastrado por la orilla del valle, donde una parte de los huelguistas lo quería ahogar, mientras otros habían amontonado troncos y ramas para quemarlo vivo. Sólo que... en Decazeville había un alcalde que comprendía fieramente los deberes de su oficio, y con mucha energía y el concurso de pocos gendarmes animosos, logró salvarlo.

Pres. — La Compañía tiene una caja de socorros?

Petitjean. — Una caja que tenía quince mil francos de fondo antes de la huelga. Después ha quedado vacía, y la Compañía ha dado espontáneamente diez y nueve mil francos, ocho mil francos para las cocinas económicas y una generosa subvención a los pobres y a los desocupados.

Millerand, de la defensa. — Después de la jornada del 26 de Enero?

Petitjean. — Después.

Millerand. — No lo dudaba. Pienso sin embargo que esas larguezas, antes de los hechos ,nos habrían salvado de los tumultos, de las violencias, del proceso... Pero es el destino de esas generosidades el llegar tarde, germinar después, sobre el terror y la sangre.

El ingeniero **Vital**, ingeniero en jefe del gobierno, ha procedido a una encuesta para ver qué fundamentos podrían tener las reclamaciones de los mineros.

Está obligado a reconocer que los mineros de la Compañía de Decazeville son los mejor remunerados, aunque tienen un horario inferior al que rige en las otras minas. La Compañía ha multiplicado las obras filantrópicas, las cocinas económicas, la calefacción gratuita, el agua sana y pura del Lot en lugar del agua fétida de los pozos, el hospital, las escuelas, las cajas de socorro, gastando en esta asistencia cien mil francos al año término medio. Es la Compañía que más liberalmente hace cuanto puede en beneficio del personal.

El Procurador General, teje el elogio de la Compañía y de Watrin, poniendo de relieve que las agitaciones no solamente no estaban justificadas sinó que eran la prueba de una perdición salvaje y de una refinada ingratitud, y pide al jurado que consagre en su veredicto, con una severidad que sea de buen ejemplo y de buen augurio, la culpabilidad de todos los acusados.

El ab. **Renault**, de la Parte Civil, se extiende en una conmovida apología de Watrin que, hijo de un humilde sastre, consigue laurearse, que, nacido en Lorena, halla en la tierra natal su primer pan, pero que declarada la guerra y desgarrada la Lorena del seno de la gran madre, opta por Francia, deja el país conquistado y después de haber vivido en la estrechez entra en el año 1880 a la Compañía de Decazeville que de su celo, de su honestidad, se beneficiaba, y en la que los mineros, los mineros que lo han asesinado, aprenden de él, de sus iniciativas generosas, el sentimiento de solidaridad y de piedad que hace del valle del Aveyron, en comparación con cualquier otro centro minero, un campo férvido de civilización y de progreso social.

Quiere, como castigo infamante de la ingratitud criminal, como reivindicación de la sagrada memoria de la víctima y satisfacción a los parientes que lo lloran, la condena de todos los imputados.

Millerand, de la defensa, no examinará la situación respectiva de cada acusado de acuerdo a las actuaciones del proceso, tanto más cuanto que, fuera de lo que han dicho los mismos imputados, ninguno de los testigos ha hecho declaraciones categóricas de las que la acusación pueda decirse colocada en responsabilidad penal.

"El único responsable del miserable fin del ingeniero Watrin no está aquí, — aquí tenéis al minero, al desgraciado que se destierra allá abajo, en las galerías tortuosas, y curvado, inclinado en las tinieblas, sigue con ojo avizor, acomete con brazo vigoroso y pico formidable la vena inexhausta que nos dará luz y calor en abundancia. Y a este fervor luminoso da la libertad, la vida, todos sus cariños, todas sus alegrías, contento si a los cincuenta años — cuando en sus torrentes de llamas no lo arrebata el fuego que ruge en las entrañas de la tierra — puede descansar junto al padre, junto a la madre, allá en el pequeño cementerio aldeano donde irán a su vez a reunírseles los hijos, después de haber terminado su peregrinación en ese horizonte breve y desolado.

"No son éstos los hombres que han asesinado a Watrin.

"El único responsable de este horrible delito es la miseria.

"Preñado está de tempestades el hosco fin del siglo, y la tragedia de Decazeville no es más que un síntoma precursor de la explosión que retumba en las inmediatas vísperas del mañana.

"Devolved con un veredicto de justicia sabia y humana la paz, sino la paz la tregua a las desgraciadas familias de los mineros del Aveyron; no pronunciéis una sentencia de cólera y venganza".

Al cabo de una hora de deliberación el Jurado vuelve a la sala de audiencias con un veredicto de plena absolución a favor de Pueck, de la Phalip y de la Pendariez, acusados de haber arrastrado por los cabellos a Watrin, de Sonquiere, Granier y Chapsal, acusados de haberlo precipitado por la ventana.

Estos seis acusados son puestos inmediatamente en libertad.

A Lescure, Bedel, Blanc y Caussanel, confesos todos, el Jurado los declara culpables de complicidad en el asesinato de Watrin; excluyendo sin embargo la premeditación y aceptando circunstancias atenuantes.

Bedel, es condenado a ocho años de trabajos forzados. **Lescure** a siete años. **Blanc** a seis años de reclusión. **Caussanel** a cinco años.

La sentencia es acogida con entusiasmo por los mineros que deploran las confesiones de Bedel, de Lescure, de Blanc y de Caussanel, sin las que también éstos hubieran sido absueltos.

Los diarios del orden están furiosos.

El **Fígaro** estampa a grandes títulos que el veredicto fué inspirado en la cobardía, que la cobardía ha instruído el proceso, dirigido el debate, dictado la sentencia y que si el ocaso del régimen puede ser apresurado, a apresurarlo vendrían sobre todo los actos de incalificable debilidad de que se han hecho culpables la Corte y los jurados de Rodez.

Los espíritus libres que la venganza, si es necesario, saben cumplir solos y la justicia no la buscan en los lupanares del orden, en el veredicto de Rodez no ven sino una nueva confirmación del viejo adagio inspirado en el buen sentido popular y en la enseñanza histórica, remachado por la cotidiana experiencia: cuando la masa es sumisa como un rebaño no encuentra otro juez que el carnicero; cuando se yergue en toda la majestad de su derecho y de su fuerza el león plebeyo encuentra humildes, respetuosos, contritos, delante de sí, los ministros del orden, los sacerdotes de la justicia y de la paz social.

Hay que ir templando en las batallas de todos los días para el gran asalto final, el ánimo, la garra y la audacia del león!

Luis Galleani

La huelga general de Tucumán

El personal de las empresas tranviarias se ha caracterizado siempre y en todas las ciudades, por su espíritu servil y de adhesión incondicional hacia los explotadores de esos servicios públicos.

El gremio de tranviarios por lo numeroso que es y por la calidad del trabajo que realiza tiene una fundamental importancia en todo movimiento de índole general que se produce y su actitud puede influir grandemente en pro o en contra de una causa, según en la forma y hacia el lado en que se pronuncie.

El éxito o fracaso de numerosas huelgas generales se ha debido en parte al papel desarrollado durante las mismas por los obreros tranviarios, ya que la paralización de estos servicios trae aparejado un aspecto de inactividad general que impulsa y estimula a las masas a secundar con fervor la obra de cuantos paralizan las tareas.

Las condiciones de trabajo de este gremio, han sido siempre inferiores a las de los demás, hablando en líneas generales. Sus salarios no han estado nunca en relación con el grado de responsabilidad que en el desempeño de sus funciones les imponen las grandes empresas, aparte de que las diversas gradaciones que entre el mismo personal existen significan una humillación y un escarnio para la dignidad de todo hombre libre.

Además de esto, existe todo un cuerpo de alcahuetes y delatores encargados de llevar ante la superioridad cualquier informe que pueda perjudicar a sus compañeros de trabajo y sobre todo a aquellos hombres que trabajan por la organización del gremio. Las suspensiones y los descuentos, es el procedimiento empleado comúnmente contra aquellos que no se avienen a las imposiciones de la superioridad, y es de suponer el grado que habrán alcanzado éstos, para decidir a los tranviarios tucumanos, conjuntamente con todos los obreros de Luz y Fuerza, a exigir de la Empresa de Luz Eléctrica del Norte más respeto y más consideración para sus personas.

Declarada la huelga a dicha empresa por el sindicato de Luz y Fuerza el 27 de Enero último, cobró a los pocos días una intensidad tal, que los demás gremios de la ciudad, guiados por un alto espíritu solidario, secundaron, con el abandono total de las tareas, el paro declarado por dicho sindicato.

Tucumán ha vivido, durante los once días que duró el paro obrero, momentos de pavor y de zozobra por parte de los poderosos, e instantes de alegría y de confianza para todos los desheredados.

Esta huelga, que según nuestros informes se caracterizó por su espíritu intransigente frente a los pescadores de río revuelto, demuestra una vez más de lo que es capaz el proletariado cuando marcha, trabaja y acciona por sus propios medios y por sus solas fuerzas sin confiar en los buenos oficios de quienes, con pose protectora o paternal, pretenden conducir a las masas por caminos tortuosos y de difícil salida.

Si el triunfo que coronó los esfuerzos del proletariado tucumano, ha sido tal, ello se debe a la acción directa que los obreros emplearon durante el desarrollo del movimiento, y esto debiera servir de lección en acciones futuras, pues cualquier otra actitud resultaría, además de contraproducente, indigna y bochornosa.

Noticias de Bolivia

LA REACCION DIRIGIDA POR EL PRESIDENTE SILES SIGUE ARREMETIENDO CONTRA NUESTRAS FILAS LIBERTARIAS

Bolivia ha vuelto a ser lo que fué bajo la tiranía de los hermanos Saavedra: un país detestable y tiránico donde las manifestaciones del ser consciente y las más elevadas aspiraciones de libertad se estrellan contra el salvajismo hecho ley, autoridad, gobierno.

Dígase lo que se quiera acerca de este país maldito; obsérvese a todos esos mercachifles por el gobierno comisionados a predicar en el extranjero la bondad y el bienestar que, según ellos, colma este país; analizad sus palabras, estudiad sus gestos y no tardaréis en descubrir en ellos la sarcástica mentira **que brota de sus** labios hechos a desprestigiar el movimiento proletario, a enlodar nuestra obra libertaria y a ocultar la criminal perversidad que los burgueses y gobernantes de Bolivia exhiben cual una prenda sin mácula.

Bolivia es el país más tiránico de Sur América. Sus gobernantes son los hombres más execrables; esta es la verdad, la única verdad que respecto a este país debería proclamarse en todos los ámbitos del mundo.

Tiranos los hay en todas partes, cierto es, mas, los de Bolivia merecen un capítulo aparte por su bellaca idiosincrasia, por sus miserables propósitos, por su cobardía que les inhibe declarar abiertamente sus aviesas intenciones; en fin, por sus medios favoritos de jesuitismo, espionaje y restricciones cuyo uso y abuso ha dado lugar a que surja una nueva clase, tanto o más abominable que la burguesía misma, con la denigrante misión de hacer el espía, sacando de esta ocupación la diaria subsistencia.

El cholo es el tipo que forma esta clase; malo, de una maldad ingénita, este ser es enemigo de todo trabajo honroso; ni artesano ni campesino, el cholo medra en el campo de la política donde se amolda admirablemente. No es partidario de ninguna doctrina ni principio y actúa en la política con el exclusivo objeto de proporcionarse una cómoda vida y figurar entre caballeros. Muchos de estos cholos hacen carrera en la política y llegan a ser diputados, senadores y presidentes. El título de doctor, que por añeja costumbre se hace indispensable cuando van encaminándose hacia la cumbre de la política, lo consiguen con una facilidad asombrosa (Bolivia es una incubadora de doctores) y con él el cholo se convierte en caballero destinado a regir los destinos de este desgraciado pueblo.

Imaginad un grupo de esta gentuza capitaneado por el cholo que en maldad y perversidad supera a todos y tendréis una cabal idea de lo que es el actual presidente Siles y sus secuaces que han logrado extender la reacción y el vasallaje en todo el territorio de Bolivia.

En un ambiente como el descripto se comprende que cualquier intento de propaganda anarquista sea fácilmente descubierto y duramente castigado. Los compañeros extranjeros que aquí inician alguna obra, inmediatamente son puestos en la frontera; tal suerte les cupo últimamente a Furnarakis y Triviño, mientras que los hijos del país son confinados en lejanas regiones de donde pocas veces se regresa, o bien son fusilados en el camino, poniendo en práctica el famoso recurso de la fuga.

En la actualidad hase extremado la vigilancia y extendido el espionaje en todo el territorio; la censura postal y telegráfica es también un medio de que se vale la tiranía; empero, a pesar de todo, algo escapa siempre del dominio de la reacción...

Este latente anhelo de libertad que los pechos proletarios cultivan; estas ansias de lucha contra el régimen actual que vosotros — ¡oh abominables tiranos! — queréis sostener a todo trance, no podréis nunca destruirlos; es algo inmensamente grande que quizás no llegaréis a comprender nunca ni a destruir jamás; pese a vuestras vigilancias, espionajes y cien otros medios criminales de que disponéis.

Tomás Soria.

De Las Rosas

La Asociación Libertaria de trabajadores de Las Rosas efectuó una conferencia el 1º de febrero que estuvo "macanuda".

No fueron doctores ni veterinarios los que hablaron al pueblo, fueron trabajadores. No le ofrecieron 8 horas, 4 pesos, pan en el invierno, trabajo en el verano, hacer un puente aunque no haya río, cuatro toscanos por barba y medio litro por cabeza. No, ellos no tienen más que ideas, anhelos y entusiasmo y eso fué lo que trajeron a Las Rosas, lo que llevan a todas partes.

Al pueblo le dijeron que no se fie de ningún demagogo, ni de redentores; que la única realidad es el hombre, que fuera de él no hay nada y por lo tanto no puede, no debe *encargar* su felicidad a nadie, que es él el encargado de trabajar por ella.

Se habló de nuestro Simón Radowitzky y se le puso como ejemplo moral a todos los logreros políticos, que no tienen más interés que encaramarse al presupuesto para desde allí decirle al pueblo: Trabaja vos que nosotros somos sabios.

Con palabras sencillas pero elocuentes se le explicó al pueblo la farsa parlamentaria, en la cual todos dicen defenderlo, educarlo, mejorarlo y luchar por él cuando en realidad es él que tiene que mantener, vestir y proporcionar lujos y confort a todos estos farsantes que invocan la patria y se la devoran, hablan del dolor del pueblo y ellos son los causantes directos, invocan la humanidad y carecen de sentimientos; se llenan la boca de libertad, siendo ellos los puntales de la reacción, enemigos de todo lo que signifique progreso o evolución de los pueblos, a los cuales quieren y obligan a ser mansos y esclavos, y cuando en un arranque de legítima rebeldía reclaman el cumplimiento de las promesas hechas, se les contesta con la cárcel, el destierro y el machete.

Actos como éste sería necesario se repitieran en Las Rosas e imitaran los pueblos de alrededor para llevar al pueblo lo que le falta: la fe y confianza en sí mismo.

A. Pérez.

Comité Pro Presos Sociales

LLAMADO URGENTE A LA SOLIDARIDAD

Los distintos procesos a que ha tenido que avocarse este comité, han demandado una salida tal de recursos, que en la actualidad es imposible poder desenvolvernos ni siquiera medianamente. La causa seguida a S. Domínguez y A. Pellegrini, presos en la cárcel de Resistencia, para la cual necesitamos a la brevedad 500 pesos, la prisión de Horacio Badaracco, cuya apelación ante la Suprema Corte ha realizado ya nuestro abogado, la condena de los compañeros Iribarne y Castagnoli, amén de las diarias detenciones de compañeros, nos obligan a dirigirnos a todos a fin de que su contribución solidaria sea hecha con la mayor premura.

Trasladada esta apremiante situación a todos los camaradas e instituciones, resultaría innecesaria toda otra exhortación.

Estando, además próximo a aparecer "El Preso Social", solicitamos de todos los comités el envío de sus informes, a fin de insertarlos en el mismo.

El Comité.

De una crónica de España, publicada en "La Protesta" del 3 de Febrero, transcribimos estos párrafos".

"No sabemos a qué pueden obedecer estos atentados, pero sentiríamos una gran satisfacción si ellos fueran una consecuencia de los asesinatos de los camaradas Sacco y Vanzetti.

"En España, ni prensa ni pueblo han dicho nada en condenación de los atentados contra los bancos norteamericanos. Y es que la Unión Norteamericana ha conseguido hacerse odiosa en el resto del mundo, y este odio ha culminado con motivo de la ejecución de los que todos considerábamos inocentes".

Eso, en España, pues lo que es aquí, los han condenado hasta ciertas publicaciones anarquistas, incluso el diario que publica la crónica.

NOTAS

FONDO DE SOCORROS DE LA A. I. T. EN FAVOR DE LOS ANARQUISTAS Y ANARCO-SINDICALISTAS PRESOS EN RUSIA

El compañero Berkmann nos pide la publicación de la siguiente nota.

No ignoráis que los revolucionarios presos y desterrados en Rusia no se han beneficiado de la amnistía acordada con motivo del décimo aniversario de la Revolución de Octubre por el partido bolchevique. Esa amnistía excluyó en efecto "a los miembros activos de los partidos políticos", es decir, para quien comprende la terminología en uso, a los socialistas revolucionarios y anarquistas.

Plenos de esperanzas, millares de prisioneros y desterrados rusos han esperado esta amnistía. Muchos de ellos se hallan en las prisiones desde hace largos años, en un estado de salud que hace temer por la vida de esos camaradas. Sus últimas esperanzas acaban de derrumbarse para ellos; deberán todavía, por un tiempo cuya duración nadie puede preveer, sufrir el rigor del régimen comunista.

Nuestros boletines os han informado respecto al régimen en las prisiones y puntos de concentración. No ignoráis tampooo que las raciones que el gobierno les suministra no les alcanzan para vivir. Sólo la ayuda de los compañeros ha prolongado hasta ahora su existencia.

El invierno ruso acaba de hacer su aparición, con su cortejo de inexpresables sufrimientos para los prisioneros. **Estos necesitan socorro sin demora.** Nuestro corazón se desgarra al leer las apremiantes demandas de ayuda que recibimos. Ellos no tienen más que una esperanza: sus amigos, **sus compañeros, es decir, vosotros que nos leeis.**

Amigos, no les cerréis vuestros corazones. La estación de las fiestas íntimas y de los gestos generosos acaba también de abrirse; no los olvidéis, haced todo lo que podáis. Rusia, tierra de indecibles sufrimientos perderá sus mejores hijos; salvadlos, acercadles vuestra fe y vuestra vida.

Enviar las donaciones a: Alejandro Berkmann, rue Tahére 120, Saint-Cloud (S. et O.), France.

PIC-NIC DE LA FEDERAC. OBRERA RUSA SUDAMERICANA

A beneficio del periódico "Golos Truda" que edita la mencionada Federación, se realizará un pic-nic el domingo 26 de febrero en la "Quinta de Luca", situada en Belgrano, calle Dragones.

Las líneas de tranvía Nos. 35, 36, 38, 88 y 97 y el tren eléctrico son las que conducen al lugar del pic-nic.

La Agrupación Anarquista "Germinal", considerando los peligros que entraña para la clase trabajadora la campaña política que vienen desarrollando los diversos partidos, se propone editar próximamente un cartel antipolítico destinado a desenmascarar a todos los vividores del poder y embaucadores de la política, y con el fin de divulgar nuestras concepciones entre el pueblo.

A fin de darle la más amplia difusión, pedimos a los compañeros, agrupaciones, bibliotecas y organizaciones obreras interesadas en el mismo, nos envíen sus direcciones para remitírselos, solicitando a quienes se hallen en condiciones de hacerlo nos presten su contribución pecuniaria para facilitar un mayor tiraje.

Toda correspondencia a nombre de Enrique G. Balbuena, Ceballos 665 Buenos Aires.

Sindicato de R. Albañiles y Anexos (autónomo), de Córdoba. — En esta ciudad se ha constituído este sindicato, cuya secretaría funciona en la calle Rosario de Santa Fe 527. Los compañeros organizadores activan firmemente y han realizado ya varias asambleas, en cada una de las cuales se hace notar la creciente adhesión de los obreros del gremio.

La Sociedad Carpinteros y Anexos, de Pergamino, comunica la dirección de su nuevo local: calle Luzuriaga 180, a la que debe dirigirse toda correspondencia, a nombre del compañero Manuel Sande.

Administrativas

CANTIDADES RECIBIDAS

Ciudad: José Carrignino 2.50; G. Facido 2.50; V. Adegio 1.20; E. Alvarez A. 2.40; Felipe Garríz, don., 2; Labruna, subs., 2.40; F. Piazza, 1.20; Donadini, libros, 1.75; P. V. Lacoa, subs. 2.40; en administración, libros, 0.50; ejemplares 5.20.

Devoto: Rosario López, subs. 1.20.

San Francisco: V. Peirone, paq., 5.30.

Villa: J. González, donac., 3.

Beneficio del pic-nic, 8|1|28, 140.25.

Mar del Plata: A. Cabrera, lista donac., 57.90.

Córdoba: B. Bruno, subsc., 2.50.

Balnearia: B. Acosta, íd., 2.40.

Graciarena: Manuel Cijón, donac., 20.

Bajonne (N. A.); G. "Los Optimistas", paq., 5.

Timote: Angel Diez, paq., 5.

Rafaela: A. Levani, subsc. 1.20; Albornoz 1.20; Baldomenico 2.40..

Avellaneda: E. Fernández, paq., 3.

Lobería: Av. Moro, paq., 5.

Córdoba: Luis Vázquez, subs., 1.25; B. Ferreyra, íd, 1.25.

San Martín: Splendiani, subsc., 5.

PARA VARIOS

C. P. Presos Sociales. — Avellaneda: Del Campo y Quintian, 10; V. Cañás: M. Monje, 1; Domínguez: Olga Stein, 20; Colón: F. Pinedo, lista, 13.

"Humanidad". — Rafaela: Tito Cetera, 2.

"La Tea". — Avellaneda: Emilio Fernández, lista, 5.—

LA INICIATIVA DE LA BIBL. "JUSTICIA Y LIBERTAD"

Nuestros propósitos de conseguir para "La Antorcha" los medios económicos necesarios a su normal y más amplio desenvolvimiento, han sido favorablemente acogidos por todos los compañeros de la región. Estando próxima la fecha en que debemos cerrar la lista de contribución, solicitamos de todos quieran apresurar la recolección de lo que les sea posible a fin de darle la correspondiente publicidad.

He aquí las nuevas sumas recibidas:

Fermín Alvarez, Avellaneda	$ 10
Por intermedio de Ovejero, Tucumán	„ 25
J. N., San Fernando . .	„ 10
J. P., Tigre	„ 10
C. V. "La Antorcha", Rosario	„ 10
M. Federico, Rosario . .	„ 10
Juan Castro, S. Lucía. .	„ 10
V. de la Fuente, Bahía Blanca	„ 10
Andrés del Río, Bahía Blanca	„ 10
Pedro Carballo, Bahía Blanca	„ 5

De Lobería $ 10 ¿Quién manda?